

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL DE
CERVANTES



Vivir en Ilici **Lorenzo Abad Casal**

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Otra edición en J.M. Abascal – L. Abad (ed.), *Las ciudades y los campos de Alicante en época romana* [*Canelobre* 48], Alicante 2003, 59-81. Editado ahora en versión digital por cortesía del autor].

© Lorenzo Abad Casal

Vivir en Ilici¹

Lorenzo Abad Casal
Universidad de Alicante

VIVIR EN ILICI

Unas cuarenta generaciones habitaron en esta ciudad, y al menos veinte de ellas debieron considerarse romanas; antes se llamarían iberas o contestanas y luego de cualquier otra manera. Pero la gente cambió poco a lo largo de los doce siglos de existencia; algunos grupos nuevos, unos cuantos colonos y emigrantes que venían de tierras más o menos lejanas y que hablaban unas lenguas más o menos extrañas, y poco más.

Cuando la ciudad se hizo romana ya tenía tras de sí mucha historia; muchos siglos atrás, los habitantes de las zonas altas del entorno bajaron a un llano no lejos del río Vinalopó, bien comunicado con las tierras vecinas y sobre todo con la costa, para establecerse en una ciudad de nombre ignoto, pero seguramente muy parecido al de *Ilici* que tuvo en época romana. Desde entonces, la ciudad había pasado por no pocas vicisitudes y mantenido relaciones con los colonos fenicios que frecuentaron la desembocadura del río Segura y con los griegos que visitaron los enclaves costeros desde Santa Pola hasta Guardamar; y también, por vía marítima y sobre todo terrestre, con los pueblos del núcleo original de la cultura tartésica.

LOS NUEVOS VECINOS

Los habitantes de la ciudad conocieron también en su momento la fundación de una colonia cartaginesa más al sur, hacia lo que había sido *Mastia Tartessorum*, que estaba destinada a convertirse en la capital de los dominios púnicos en Hispania, en cuya esfera de atracción quedó pronto atrapada; por la vía que la unía con ella vio pasar a los cartagineses en su marcha hacia Roma y hacia allí corrieron para coger sitio los niños, los

¹ La *Ilici* que el lector va a encontrar aquí es una *Ilici* irreal, soñada, inexistente, pero los datos que al hilo de la narración se aportan son ciertos —o al menos existe una alta probabilidad de que lo sean— y se encuentran avalados por la historia textual, la arqueología, la epigrafía o la numismática. En muchos casos, lo que se describe es una hipótesis entre varias posibles, aquella con la que el autor está más de acuerdo. En aras de la agilidad del texto hemos omitido las citas a las lecturas y los trabajos arqueológicos en que se fundamenta, pero los lectores interesados en profundizar en cada uno de los temas pueden encontrar bibliografía suficiente en los artículos que con un enfoque más tradicional aparecen en este mismo número y en recopilaciones modernas de tipo general, como por ejemplo L. Abad y J.M. Abascal, *Fuentes para la historia de Alicante. Edad Antigua*, Alicante, 1992, y C. Aranegui Gascó, coord., *Els romans a les terres valencianes*, Valencia, 1996.

viejos, los jóvenes y los menos jóvenes, atraídos por la algarabía y los cánticos de los soldados, el sonar de las trompetas y de los tambores, el estruendo de los carros y lo que era el no va más del espectáculo: unos monstruos enormes y orejudos, llamados elefantes, de los que habían oído hablar a intrépidos viajeros. Es más, algunos de los mandos del ejército habían aprovechado el paso cerca de *Ilici* para saludar a los jefes locales, narrarles algunos de sus planes, fanfarronear un poco delante de las guapas ilicitanas y aprovechar su hospitalidad para echar un trago de buen vino, tomar unos bocados y quién sabe si algo más. Ya se sabe, la seducción del uniforme....

Los ilicitanos sin duda vibraron, de forma real o interesada, con las noticias que traían los correos sobre la marcha triunfal de los ejércitos de Aníbal hacia Roma. Pero poco a poco las noticias dejaron de ser tan buenas, los ecos se fueron apagando y la alegría se perdió. Hasta que un buen día, por el mismo camino, pero en dirección contraria, se vio llegar a unos pocos desarraigados que no eran sino los restos del otrora vistoso ejército. Se decía que el enemigo le pisaba los talones y los ilicitanos les cerraban las puertas. No eran bien recibidos por nadie, porque la ciudad tenía que prepararse para los tiempos difíciles que estaban por llegar.

En efecto, pocos días después, al son de tubas y tambores llegó otro ejército, también proveniente del norte. Eran los vencedores de Aníbal, los romanos, que habían desembarcado en *Emporion* y recorrían victoriosos, triunfo tras triunfo, la costa mediterránea. El ilicitano era viejo, tenía ya tras de sí veinte generaciones y había aprendido a ser práctico; había negociado y comerciado, reído y trabado amistad con el cartaginés, pero no se sentía tan cartaginés como para sacrificar a su familia y a su ciudad; la resistencia de Sagunto, cuya heroicidad anticartaginesa se cantaba por las ferias, de poco le había servido; y el humo que comenzaba a elevarse desde los caseríos y las granjas de los alrededores tampoco auguraba nada bueno. Los notables de la ciudad tomaron una decisión: recibirán a los romanos con buena cara y en su honor celebrarán ceremonias similares a las que pocos años antes habían servido para despedir al cartaginés.

Los ilicitanos, como casi siempre, obraron con buen juicio; poco tiempo después llegaba la noticia de que había caído la propia *Kart Hadasht*, la capital que los cartagineses habían fundado años atrás. Casi nada; las minas de plata, fuente inagotable de riqueza, eran ahora romanas; los pobres de antaño se habían convertido en los nuevos ricos, y eran ellos los que tenían dinero para pagar soldados, comprar productos, objetos y voluntades; y aunque Catón se desgañara algún tiempo después en proclamar a los cuatro vientos que el ejército romano debía vivir sobre el terreno, ya se sabe que el dinero gana muchas voluntades y abre muchas puertas.

Pero había que andarse con cuidado; la guerra aún iba a dar muchas vueltas, unas veces serían los romanos y otras los cartagineses quienes llevarían la voz cantante; los mismos generales que acababan de pasar triunfantes, los hermanos Escipión, encontrarían la muerte más abajo, allí donde nacía el río que llevaba el nombre de *Tartessos* y que los romanos llamarían después *Baetis*.

Sin embargo, *alea iacta est*, la suerte está echada, como se dice que dijo años después un romano célebre, que también anduvo por estos lugares: Julio César. Los cartagineses fueron expulsados hacia África y su ciudad destruida. Una lástima, estos individuos no eran tan salvajes como los escritos romanos, los de los triunfadores, nos han querido hacer ver. Una visita a sus lares, en la costa de Túnez, muestra un alto grado de refinamiento que para sí hubieran querido los romanos del momento: casas con

pavimentos de mosaico, patios abiertos, bañeras con desagüe al exterior en casi todas ellas, etc... Muy lejos de los simples monstruos devoraniños que han querido vendernos los vencedores.

Los ilicitanos respiraron; habían hecho bien, se habían librado de la destrucción, y la ciudad pudo seguir su curso, sin cambios sustanciales con respecto a su papel anterior, aunque ahora en tratos con los romanos. En cambio, muchos de los poblados que habían girado en su órbita durante decenios e incluso siglos, habían sido destruidos o abandonados. Un cambio profundo en estructuras políticas, organización económica y distribución del territorio se aproximaba.

Los próceres locales, y también los comerciantes y los artesanos, tuvieron que pensar en adaptarse a la nueva situación. Para ello era necesario olvidar —y lo cierto es que no les costó mucho— el rudimentario púnico que habían aprendido para comenzar a hacer sus pinitos en latín, sin duda por procedimientos mucho más pragmáticos que el recitar de memoria varias veces al día *rosa, rosa, rosam, rosae, rosae, rosa*; algunos incluso siguieron cursillos intensivos, con profesores improvisados, los soldados que habían combatido al lado de los romanos y que traían un latín que sonaba ronco, plagado de faltas, que causaba horror y despertaba la hilaridad de los que se consideraban a sí mismos —aunque con frecuencia no lo fueran tanto— verdaderos romanos; éstos, en número cada vez mayor, iban apareciendo por la ciudad: soldados de paso, comerciantes cargados de chatarra y de palabrería, administradores y recaudadores de impuestos. Muchos de ellos sabían ya ibero, tenían mucha Iberia recorrida y eran capaces de negociar y platicar en su propia lengua con los indígenas.

A la luz del fuego, por las noches, se narraban las historias respectivas, de un esplendor ya pasado las indígenas, de cuando trataban con fenicios y griegos, de sus rencillas, del culto al antepasado heroico y de la revolución que había destruido sus estatuas y cambiado el orden social. Se contaba por ejemplo cómo —no se sabe ya cuántas generaciones atrás— hubo que esconder la estatua de una diosa para salvarla de la misma suerte que acabó con las de sus adorantes y las de los guerreros que la acompañaban. Para ello tuvieron que mutilarla, serrándola a la altura del pecho; que los dioses los hayan perdonado, era la única solución para evitar males mayores, la destrucción completa y la profanación por el enemigo. Y se presumía de cómo los ilicitanos habían engañado a un rey cartaginés, de nombre Amílcar, hasta ponerlo en fuga y darle muerte. Bien es cierto que en una ocasión uno de los invitados, que procedía del interior, se enzarzó en una disputa con el narrador; acusó a los ilicitanos de apropiarse de gestas heroicas de otros pueblos. Él era oretano y había sido su rey quien había puesto en fuga al cartaginés, azuzando contra su ejército carros incendiados tirados por bueyes, que en su desesperación rompieron en mil pedazos las líneas enemigas. Hubo palabras subidas de tono, pero la cosa no pasó a mayores; al fin y al cabo eran historias lejanas, magnificadas por el paso del tiempo y por la transmisión oral; qué más daba si habían sido unos u otros los autores...

Los romanos, que asistían condescendientes a estas historietas de grandezas pasadas, no dejaban de pensar para sus adentros: “muchas gestas, muchas gestas heroicas, pero ahora somos nosotros los que mandamos”. Cuando llegaba su turno, contaban y no paraban de su correr por el mundo, de sus estancias en el norte de África, en Grecia, en el Oriente, de sus contactos con civilizaciones extrañas, de las guerras que habían librado, de su ejército bien organizado, de la estructura administrativa que tan buenos resultados les había dado...; y también, aunque sin hacer demasiado hincapié, de los dioses que les habían ayudado y que, cosa curiosa, se parecían mucho a los de los

indígenas. Algún ibero presente, que había combatido en los ejércitos cartagineses o en los romanos a cambio de una buena soldada, también metía baza; la conversación era viva, regada con un vino que sabía a rayos —puaf, el de Italia, ese sí que era bueno—, y al final todos se despedían como amigos.

El tiempo pasaba. Los iberos se iban enrolando en las tropas romanas y cada vez más comerciantes, militares y aventureros de procedencia itálica, los ‘romanos’, aparecían por aquí, de paso para *Carhago Noua*, *Castulo* o las pequeñas poblaciones del entorno. Poco a poco, los nobles y potentados de la ciudad comenzaron a hablar latín, a decorar sus habitaciones con elementos copiados de los romanos y a pensar que sus casas no eran dignas de gente noble y culta, como ellos mismos se veían. Así que reformaron las viviendas y las organizaron en torno a un patio descubierto, el *atrium*, a cuyos lados dispusieron los dormitorios (*cubicula*) y al fondo las estancias nobles: el despacho del dueño (*tablinum*), el comedor de invitados (*triclinium*), la entrada al jardín...

UN VIAJERO ILUSTRADO

Especialmente interesante es la historia de uno de esos prohombres que presumía de haber viajado mucho y que de regreso a *Ilici* quiso decorar su casa recién renovada con un pavimento similar al que había visto en las casas elegantes y ricas del Mediterráneo central y oriental, en Delos, en Morgantina, cuyo lujo y refinamiento habían causado en él un fuerte impacto. Sabía de los costos elevados de todas aquellas cosas, pero pese a que superaban con mucho las posibilidades de su modesta hacienda ilicitana, no quería renunciar a ellas. Instruyó a los mercaderes que de vez en cuando aparecían por la ciudad para que se informaran del costo de un artista, al que además de pagar un considerable salario debía de alojar y alimentar; los números eran demasiado elevados y el precio no estaba a su alcance; tampoco podía permitirse el lujo de encargarse y comprar un *emblema* en Alejandría, un pequeño mosaico hecho con teselas microscópicas que casi no se distinguían a simple vista y que mostraban aves y gatos, cajitas con perlas o peces; eran muy caros y difíciles de encontrar en un tiempo prudencial; según se le dijo, las listas de espera eran largas, porque la demanda era mucha y los talleres de la metrópolis del Nilo no daban abasto. Y ni se le ocurría encapricharse de uno más grande, de los que incluían figuras humanas con escenas mitológicas o históricas, como el que había podido entrever en el salón de un rico pompeyano, que recordaba los éxitos militares del macedonio Alejandro; éstos estaban, como él bien sabía, sólo al alcance de las primeras fortunas: generales que se habían enriquecido con los saqueos de las nuevas provincias, comerciantes que habían medrado a su sombra, políticos más o menos corruptos que habían hecho su agosto esquilmando a los nativos...

Como la reforma apremiaba, pues las instalaciones familiares eran ya antiguas y no estaban a la altura del rango social recién adquirido, nuestro hombre tomó una decisión; hizo venir a uno de los mejores artesanos locales que tenía fama de tener buenas manos, garabateó un dibujo que se parecía de lejos a los modelos que él había visto, y le realizó el encargo: quería un pavimento de mosaico de colores en el que alrededor de un motivo central, una roseta de ocho pétalos, debían aparecer una serie de bandas con motivos geométricos y vegetales; como modelo podían servir algunos de los que se conservaban en viejos jarrones de gran valor —se decía que del tiempo de los griegos— y los que

adornaban las túnicas de los ilicitanos: hojas de hiedra, olas enroscadas sobre sí mismas, avecillas, etc... Pero a todo ello había que añadir la última novedad: la banda exterior debía representar la muralla de una ciudad, evolución, de moda entonces, de lo que antes habían sido los flecos de los tapices; porque en realidad, lo que se pretendía con ese mosaico era una especie de tapiz permanente, una pintura en piedra que adornara perpetuamente el centro de la sala principal de la casa, el *tablinum*. La moda del momento indicaba que el mosaico debía estar hecho de piedras de varios colores, y que para facilitar su realización se podían usar pequeños guijarros, trocitos de cerámica e incluso pequeños taquitos de piedra recortados de unas barras paralelepédicas que el artesano tenía que preparar. Ah, y para rematar la faena, había que añadir unos letreros con los nombres del propietario y su familia. ¡Cómo echó de menos nuestro hombre aquellos repertorios ilustrados, aquellos libros de muestras que había visto en manos de los mejores talleres en sus viajes por el Mediterráneo!

El artesano hizo lo que pudo; buscó los guijarros apropiados, recortó las cerámicas y talló las piedrecitas en forma de dado, aplicó una capa de mortero en el lugar donde iba a colocar el mosaico, trazó en él con una punta fina los rasgos principales de la composición y empezó a pinchar sobre la masa fresca guijarros, cerámica y teselas, combinando los tipos y los colores, hasta ir dando forma a una composición similar a la que le servía de muestra: la roseta, las bandas, los ajedrezados, poco a poco iban tomando forma. Por fin remató con los letreros y la falsa muralla... y el hombre quedó muy orgulloso de su trabajo...

El resultado no acababa de satisfacer al dueño. Recordaba las preciosidades que había visto en los grandes salones de Delos, con pequeños mosaicos en el suelo de vivísimos colores, plagados de figuras y motivos decorativos hechos casi con tiralíneas: rectos, curvos, con piedras pequeñísimas que encajaban perfectamente... Pero al fin y al cabo *Ilici* no era Delos. Aquí la obra de nuestro artesano bien podía causar el asombro de sus conciudadanos, y el dueño llegó a conformarse. Si se comparaba con las demás habitaciones de su casa, y sobre todo con las de los vecinos, aquello era una verdadera obra de arte. Lo normal era un suelo de mortero rojizo con algunas que otras teselas blancas diseminadas por su superficie, que a lo más formaban líneas o motivos geométricos muy simples: cuadrados, rombos, alguna esvástica...

Pero sin duda lo que más llamaba la atención del mosaico era el hecho de que sus rótulos estuvieran escritos en letras extrañas; no eran las ibéricas tradicionales, que los ilicitanos conocían por las monedas y los plomos donde se registraban los documentos comerciales y algunas, muy pocas, cartas; tampoco eran las letras púnicas, que se habían visto por *Ilici* en las décadas precedentes, sobre todo en los hombros de las ánforas, en las monedas e incluso en algunos libros, pero que habían desaparecido tan rápidamente como llegaron. Ahora eran letras latinas que el artesano apenas comprendía, lo que le llevó a meter la pata en más de una ocasión; no importaba; el dueño tampoco estaba muy versado en letras y los visitantes eran en su mayoría indígenas y no sabían leer. Pero el impacto estaba asegurado; los visitantes admiraban no sólo la factura del suelo, sino también los letreros; el dueño se ufanaba en contar cómo sus relaciones con el poder y sus correrías por esos mundos le habían familiarizado con ese ambiente, y disfrutaba leyendo en voz alta los letreros en los que resonaba su propio nombre. Y los visitantes romanos advertían de inmediato que estaban ante un individuo en quien podían confiar, aunque a la salida no dejaban de reír a costa de la pretenciosidad del rústico.

Al poco tiempo llegó la noticia tan anhelada. El pueblo romano le consideraba amigo y por tanto le otorgaba la ciudadanía romana. Una ciudadanía que le confería numerosos privilegios con respecto a sus conciudadanos, aunque menos de los que tenía un verdadero romano. Sin embargo, nuestro hombre se conformaba con ello, es más, lo tenía a gala. Su familia dejó de vestir a la ibera y adoptó, ahora con carácter oficial y en público, lo que hasta entonces había hecho en privado, la vestimenta romana: una especie de toga que recibía el nombre de *pallium* y que distinguía a quienes la llevaban; eran los *palliatii*, los que visten *pallium*: los romanos y sus familias, y también los indígenas más romanizados, en quienes aquellos confiaban para ir organizando la sociedad y el territorio sin demasiado esfuerzo.

La vida transcurría según lo acostumbrado, y pocos acontecimientos alteraban la normalidad. Había pasado el tiempo en que los ejércitos romanos subían y bajaban a través de la vía que comunicaba *Ilici* con *Valentia*, la capital del norte, y con *Carthago Noua*, la capital del sur. Pero el ambiente no había vuelto a ser el de antes; los amantes de la tradición discutían a veces con los defensores de los nuevos tiempos; los que añoraban el esplendor de los antiguos reyes independientes, que mandaban sobre un territorio más o menos amplio, siempre cambiante, pero en el que el poder y la iniciativa eran suyos, se contraponían a los defensores del nuevo orden; éstos veían la posibilidad de recorrer mundo, de aprovechar la apertura de fronteras que los romanos habían posibilitado, tanto si se enrolaban en una legión, aunque fuera entre los *auxilarii*, como si se dedicaban al comercio y partían de ayudante de uno de esos buhoneros que nunca tenían un sitio fijo donde reposar. Pero también podían arrimarse a uno de los itálicos que no se manchaban las manos, sino que compraban y vendían desde una mesa en el puerto o en el foro, e incluso desde su propia casa, o embarcarse en alguno de los navíos que surcaban el Mediterráneo. En cualquier caso las posibilidades de una vida mejor y más excitante eran muchas.

EL COMERCIANTE

De hecho, el comercio era ahora bastante floreciente. Las importaciones resultaban mucho más fáciles, porque los circuitos comerciales se habían asentado y los productos circulaban con facilidad. Un buen negocio era poner una tienda de importación y exportación, y a alguien se le ocurrió abrir una de productos cerámicos. Arrendó una pequeña habitación, con un arriendo ficticio, porque en realidad era una dependencia que daba a la calle de la propia casa familiar, y con una sencilla reforma amplió la puerta, colocó unas estanterías de madera, unos taburetes y una pequeña mesa, habló con los productores locales y con los comerciantes del exterior, y en poco tiempo tuvo su propio negocio. En él ofrecía ollas y tinajas producidas en uno de los alfares de la ciudad, que estaba algo alejado, al lado de la vía que salía hacia el norte, porque el aumento de la producción hacía que nadie quisiera vivir al lado del horno, que producía unos humos asquerosos que ponían todo negro y hacían toser a los que vivían en las cercanías.

Eran unos vasos muy bonitos, de color claro, adornados con bandas geométricas de tonos rojizos y en algunos casos con líneas onduladas verticales, círculos o semicírculos concéntricos, pero sobre todo con figuras animales y humanas; entre las primeras, una especie de águilas y lobos muy raros, que no se correspondían con los que la gente estaba acostumbrada a ver y sobre los que los más entendidos daban unas explicaciones

un tanto abstrusas: que si eran la encarnación de las fuerzas del cielo y de la tierra, divinidades protectoras del individuo y cosas por el estilo; incluso se remontaban a varios siglos atrás, indicando que eran la continuación, aunque ahora sobre otro material, de aquellos leones, toros y bichos raros que de vez en cuando aparecían rotos en pedazos en los bancales durante las faenas agrícolas. Uno de estos animales era de lo más extraño; tenía una cabeza de ave rapaz con cresta, cuerpo de león con alas y garras de pájaro; un vecino se había entretenido en reunir unos cuantos pedazos y los enseñaba orgulloso a los visitantes. Pero lo cierto es que los artesanos del alfar no sabían muy bien por qué lo hacían. O mejor dicho, sí que lo sabían; los hacían porque se vendían.

Y eso lo sabía nuestro comerciante; esos bichos tan extraños tenían un buen mercado y les daba salida con facilidad; los compraban los ricos locales para sus casas, aunque las más complicadas y grandes las regalaban a los templos o las usaban como recipiente para colocar sus cenizas cuando moría o para amueblar la tumba, en consonancia con la riqueza de que disfrutaron mientras estuvieron vivos. Pero las compraban también los que no eran tan ricos, en poca cantidad y no las mejores; incluso en ocasiones había que recurrir al trueque, cambiándolas por comestibles, animales o por alguna chapuza: un arreglo del tejado, una manita de pintura... Nuestro hombre apenas disponía ya de tiempo para tales menesteres, porque el oficio de comerciante, aunque el lector no lo crea, resultaba absorbente.

Algunas veces venían compradores de fuera, de las ciudades del entorno, pero también de las pequeñas villas y establecimientos rurales, que demandaban sobre todo vasos decorados de este tipo. Unas veces eran los propios compradores, otras, los más, intermediarios que buscaban una ganancia llevando los productos a aquellos que no podían desplazarse. No eran malos clientes, y nuestro hombre aprovechaba la ocasión para hacer ver también las maravillas de las nuevas piezas que iban llegando; morteros de *Ebussus*, estupendos, resistentes, que no se desgastaban con el uso y que a algunos de los compradores les traían recuerdos de tiempos pasados, que sonaban a cartaginés y a un comercio ininterrumpido y fructífero entre la isla y la ciudad; también se podían ofrecer algunas jarras ibicencas con ojos pintados, pero la estrella era sin duda la cerámica negra traída de Italia, sobre todo vasos pequeños, cuencos, cerámica de mesa en suma, mucho más moderna que los tradicionales platos locales pintados con motivos geométricos y muy abigarrados.

Ahora lo que se lleva, decía nuestro hombre, es la sencillez, con un barniz fuerte y resistente al agua y a la limpieza, suave, con algunos detalles de decoración, de color blanco sobrepuestos o impresos en el mismo recipiente. Recién importados de Italia, la última moda. Recibe cientos de estos recipientes, se los quitan de las manos; a la gente le recuerda el negro de algunos cacharros antiguos que sus mayores guardaban celosamente, muchos de ellos rotos, lañados y remendados, y que a veces, con lágrimas en los ojos, seguían depositando en las tumbas de los familiares queridos. Se decía que eran cerámicas traídas de Grecia muchos años atrás, de un gran valor y que ahora por mucho menos dinero cualquiera podía tener en su casa. Claro es que había desaparecido la decoración, pero qué importaba... Así era ahora la moda y además para decoración ya tenían bastante con la de las producciones locales.

PROBLEMAS QUE POR SUERTE QUEDAN LEJOS

Un buen día llegaron noticias de graves problemas y desavenencias en Roma. No hay que preocuparse, no es la primera vez y Roma queda muy lejos. Pero la cosa se torna más seria y las noticias se van haciendo cada vez más alarmantes, porque la lucha política se ha convertido en guerra y uno de los contendientes, Sertorio, ha convertido parte de la Península Ibérica, de la antigua Iberia, en su base de operaciones. En concreto, *Valentia*, la capital del norte, se había pasado a su bando y la represión había sido terrible; la reconquista sembró la ciudad de cadáveres, que ni siquiera fueron sepultados; tampoco hacía falta, porque la colonia iba a quedar casi despoblada durante unos cuantos años; más cerca todavía, también *Danium* había tomado el bando sertoriano; su puerto constituyó durante algún tiempo el punto de relación de Sertorio con el exterior y fue una de las últimas en rendirse. Así le fue, una ciudad tan desarrollada no volvió a alcanzar el estatuto municipal hasta bastantes años después; se la castigó a pagar tributos, como una simple ciudad estipendiaria.

La intranquilidad en el entorno perduró algún tiempo, e incluso hubo momentos en que los disturbios se aproximaron peligrosamente a nuestra ciudad, pues Sertorio había sabido ganarse el apoyo de los indígenas, aunque para ello hubiera tenido que apropiarse de algunos de sus mitos; así, se inventó que una cierva blanca que lo seguía a todas partes era la propia diosa Diana que le hablaba por su boca. Eran viejas historias que no salvaron al general de la derrota y de la muerte; se le tachó de pirata, cuando su actuación no había sido muy diferente de la de los vencedores; pero ya se sabe, cuando uno pierde, toda la porquería del mundo le cae encima.

Una vez más, la ciudad supo capear el temporal y quedó prácticamente como estaba. Pero la situación en Roma distaba mucho de haberse tranquilizado y las disputas domésticas no cesaban; lo malo era que estas rencillas se trasladaban a todo el orbe y nunca se sabía qué podía pasar. Eran épocas interesantes; un general romano, *C. Iulius Caesar*, conquistó las Galias y allí hubo buena ocasión de botín, lo que siempre suponía un enriquecimiento para los contendientes, sus familias y en general para buena parte de los romanos. Pero mientras César combatía en las Galias, en Roma otro general, Pompeyo, que se había ganado una buena fama combatiendo en el Oriente, trataba de dominar la situación y dejar a César en la estacada. Eran muchos gallos para tan pequeño gallinero.

Al final, llegó lo que tenía que llegar; César y Pompeyo se ensarzaron en una guerra para quedarse con el control de todo. Y tras muchas peripecias, que acabaron con la derrota y muerte de Pompeyo, sus hijos se trasladaron a *Hispania* para encabezar desde aquí la resistencia. Otra vez pasa por la cabeza de los más ancianos el fantasma de las guerras sertorianas, y las noticias llegan confusas y preocupantes; los pompeyanos dominan buena parte de la Bética y se aproximan al sureste... Se dice que César al frente de su ejército trata de cortarles el paso e impedir que arraiguen en los terrenos donde se han asentado... César está cada vez más cerca; un poderoso ejército se aproxima por la costa, desciende por *Tarraco*, alcanza *Saguntum*, pasa por *Valentia*, ya está en *Saiti*..., los ilicitanos comienzan a prepararse para lo peor; las cosas de valor desaparecen como por ensalmo, de repente la ciudad se torna pobre; el oro, la plata, ¿es que lo hubo alguna vez? El paso de un ejército, aunque sea amigo y mantenga una disciplina férrea, como se dice que ocurre en el de César, es siempre una desgracia. Pero por fin los ilicitanos

respiran tranquilos; el ejército cesariano, a marchas forzadas —*magnis itineribus*, se decía en el argot militar—, ha tomado el camino de la antigua *Via Heraklea*, que todavía llaman ‘camino de Aníbal’ para llegar lo antes posible a la Alta Andalucía. La ciudad se ha salvado una vez más.

Por fin llegan noticias; César ha vencido y los pompeyanos huyen en desbandada. La normalidad vuelve. Pero sólo por poco tiempo. César no puede disfrutar de su victoria. Lo asesinan en Roma y de nuevo se desata la lucha por el poder. Esta vez, por suerte, nuestra ciudad queda al margen y las cosas ya nunca volverán a ser como antes. El sucesor de César es su hijo adoptivo Octavio, que con el tiempo acabará por llamarse Augusto, y quiere acabar de una vez por todas con los problemas de la Península Ibérica, en concreto con la resistencia de los pueblos del norte a someterse a Roma; no duda en trasladarse a la Península, para desde aquí dirigir las operaciones. Quiere cerrar un asunto que dura ya casi doscientos años, pero que a los ilicitanos apenas les molesta, porque el problema se ha ido alejando cada vez más. Antes, cuando estaba cerca, era incluso una buena oportunidad para hacer negocio con el ejército e incluso para enrolarse en sus filas, pero ahora, tan lejos, ese papel ha quedado para los vecinos de más al norte.

La estancia de Augusto, sin embargo, no fue muy afortunada. Enfermó nada más llegar a *Tarraco* y quedó allí durante casi dos años, hasta sanar del todo y poder volver a Roma. Pero no perdió el tiempo. Tomó contacto con la provincia y culminó una amplia reorganización administrativa e institucional que había iniciado con anterioridad y que de una u otra forma marcaría también el futuro de nuestra ciudad.

LA GRAN NOTICIA: ILICI, COLONIA ROMANA

Primero fue un simple rumor que traían los que por motivos oficiales viajaban a la capital, un rumor que poco a poco fue tomando cuerpo. *Ilici* iba a convertirse en colonia romana. Era una buena noticia, aunque en los tiempos que ahora corren la creación de una colonia era en realidad algo casi anecdótico, que desde luego no reportaba los beneficios de las antiguas fundaciones; cuando los primeros episodios de la expansión romana por otras tierras, algunas ciudades se crearon de nueva planta, en lugares donde no había nada, para alojar a quienes habían prestado buenos servicios, sobre todo los veteranos de las legiones, que una vez cumplido su servicio militar recibían como recompensa casas y tierras en un lugar estratégico, donde su presencia pudiera servir para reforzar los vínculos con Roma.

Estas ciudades eran creadas de nueva planta, se las dotaba de los últimos adelantos en materia urbanística, a saber, plantas rectangulares con calles que se cruzaban en ángulo recto, el mismo plan regulador que desde muy antiguo se utilizaba cotidianamente en los campamentos; su perímetro se trazaba a la manera tradicional, *etrusco ritu* decían los entendidos, con un arado del que tiraba una pareja de bóvidos y que sólo se levantaba en la parte correspondiente a las puertas, el único sitio por el que desde entonces se podía acceder al recinto; en su interior, el foro se ubicaba allí donde se cruzaban las dos calles principales, una que iba de norte a sur y otra de este a oeste, y que se convertían en los ejes de referencia para otras calles, manzanas para viviendas, edificios públicos, termas, etc. A su alrededor, y a partir de unas líneas marcadas por la

prolongación de las calles principales, la tierra se distribuía en parcelas, las llamadas centurias, que se entregaban, con ciertas limitaciones, a cada uno de los veteranos.

Una de estas colonias fue *Valentia*, fundada en el año 137 aC, para acoger a los licenciados tras las guerras lusitanas. *Ilici* es en cambio lo que podemos llamar una colonia de segunda generación. No se funda de nueva planta, sino donde ya existe una ciudad; como ésta era amiga, no parecía prudente proceder a una renovación drástica, porque lesionaría muchos derechos adquiridos, aunque sin duda el proceso debió gestionar desplazamiento de gentes y tensiones más o menos fuertes. Se trata ahora de una fundación jurídica, que otorga un carácter privilegiado a un núcleo urbano que por una u otra circunstancia se había hecho acreedor a ello. En nuestro caso, algunas de las monedas más antiguas aluden a la existencia de una verdadera *deductio*, al asentamiento de veteranos de al menos dos legiones, con otros tantos *signa* o estandartes legionarios, un águila con las alas desplegadas y un *vexillum* o paño sostenido sobre un palo transversal enganchado en la punta de una lanza. Sin embargo, el hecho de que no se indiquen el número o los números de las legiones hace pensar que no se trata de una fundación específicamente legionaria.

Hoy se sigue discutiendo la fecha exacta de este acontecimiento, sobre si hubo una o dos fundaciones, sobre los resultados efectivos que tuvo sobre la ciudad, y sobre si ello trajo consigo un cambio sustancial del urbanismo de *Ilici*. La ceremonia que conllevó el otorgamiento definitivo del nombre a la ciudad, *Colonia Iulia Ilici Augusta*, debió tener lugar hacia el año 27 aC, en época augustea, en medio de unos actos de gran importancia y esplendor. En ellos participaría la máxima autoridad provincial, el gobernador de la *Provincia Hispania Citerior*, y sin duda su memoria quedó grabada en tablas de bronce expuestas *ad aeternitatem* en los lugares públicos y en concreto en el foro. Posiblemente en la explanada del foro, y sobre una tarima engalanada, tomarían asiento los nobles romanos, los dignatarios y magistrados locales y los venidos de las ciudades vecinas, los representantes del emperador y los homenajeados. Se pronunciarían discursos grandilocuentes acerca de las gestas heroicas de los ejércitos romanos y de la necesidad de conceder un retiro honroso, una *honesta missio*, a quienes tan buenos servicios habían prestado a la República; y se hablaría también de los beneficios que la concesión del estatuto colonial supondría en el futuro para la ciudad que, ahora sí, podemos llamar ya *Ilici*. De todo ello no queda nada; *uerba uolant, scripta manent* (las palabras vuelan, los escritos permanecen), rezaba el proverbio clásico, pero ni siquiera; *uerba uolant, scripta pereunt* (las palabras vuelan, los escritos desaparecen), podríamos decir mejor.

Por suerte disponemos de un par de atisbos de lo que debió ser la ceremonia, sus precedentes y sus consecuencias. Con ella debe relacionarse una inscripción que hoy se conserva empotrada en la fachada del Ayuntamiento de Elche; está dedicada a Tito Estatilio Tauro, cónsul en el año 37 aC y procónsul de la *Citerior*, esto es, gobernador de la provincia, en el año 29/28 aC. Se le honra como patrono de la ciudad, es decir, como protector y representante de los intereses de los ciudadanos ante las instancias superiores, cargo honorífico que relacionaba moralmente al homenajeados con los ciudadanos de la ciudad que le honraba. Y el homenajeados no era un cualquiera; en ese momento había recibido cuatro veces el *imperium*, esto es, el más alto mando militar autónomo, y había sido cónsul —máxima magistratura romana— en dos ocasiones. Tenemos que imaginarnos a Estatilio Tauro recibiendo las demandas y peticiones de los ilicitanos y prometiendo ejercer su influencia sobre las autoridades para llevarlas a buen

puerto. Pero posiblemente, como en tantas otras ocasiones, demandas y peticiones se olvidarían tan pronto como Estatilio Tauro abandonara *Ilici*. Son muchos los deberes de un gobernador...

EL REPARTO DE TIERRAS

Con motivo de la fundación de la colonia se llevó a cabo el reparto de las tierras del entorno de la ciudad, tal vez un nuevo reparto, sobre principios más rigurosos que los realizados con anterioridad. No sabemos si fue un acto de fuerza o no, más bien parece que no; debió tratarse de una reordenación en la propiedad de los campos, estableciendo parcelas para los recién llegados y poniendo orden en lo que tras muchos siglos de diferentes sistemas de propiedad debía de ser ya un pequeño caos.

El reparto de las tierras supuso un verdadero acontecimiento en la vida monótona de la colonia. Se reunió a todos los propietarios y se les dieron las instrucciones adecuadas; se iba a proceder a una concentración y a una nueva distribución, que obligaba a algunos a ceder sus terrenos y a aceptar otros, la mayoría de las veces en lugares más alejados o desfavorables. Los mejores se reservaban para unos individuos venidos de fuera que en pago a sus servicios iban a conformar la elite aristocrática de la nueva colonia. Por un rasgo increíble de suerte conocemos sus nombres: Cayo Annio Séneca, Cayo Aufustio y Lucio Fabio venían de Icosio, en África; Cayo Tettio y Marco Mario, de Praeneste y de Vibo Valentia, en Italia; Lucio Emilio, Publio Horacio, Cayo Mario y Lucio Valerio, de ciudades de lo que hoy es Andalucía: Ulia, Málaga, Córdoba y Aurelia Carissa; Quinto Fabio, de las Baleares. Cada uno de ellos recibió trece yugadas de terreno de secano, distribuidas en parcelas en torno a una red de caminos que se cruzaban en ángulo recto.

Para que ello fuera posible hubo que llevar a cabo un largo y complejo proceso de medición. Un grupo de soldados, que había llegado antes de que se celebraran los fastos y las ceremonias, y que respondían al nombre de *agrimensores*, habían venido acompañados de unas cuantas cajas de madera que cuidaban con esmero. En su interior había unas varas metálicas, ruedas y cuerdas anudadas que debían ser muy importantes. Cuando llegó el día, el jefe eligió un sitio que estimó adecuado, en línea con la vía que desde la ciudad salía hacia el norte, y plantó allí el artilugio; primero dibujó un círculo en el suelo y clavó una pértiga en su centro; durante todo el día, desde el alba a la puesta del sol estuvieron observando el discurrir de su sombra; al final pudieron establecer el norte y el sur, aunque como solía ocurrir los ejes definitivos sobre los que iba a pivotar la distribución territorial no siguieron estrictamente esta orientación; luego echaron los auspicios, observando el vuelo de las aves sobre los límites del terreno que se iba a repartir y, como resultaron favorables, colocaron la *groma*, una cruz de brazos iguales que giraba en el extremo superior de un poste vertical y de cuyos brazos colgaban sendas cuerdas de la misma longitud; una vez que estuvo perfectamente nivelada, dispusieron sus brazos en la orientación prefijada y procedieron a medir las distancias adecuadas; cuando hacía falta se cambiaba la *groma* de sitio o se utilizaba una segunda *groma*, idéntica a la primera. Así poco a poco, pero con una considerable rapidez, dado que el terreno no era muy accidentado, se alcanzó a medir una superficie que se consideró suficiente; se despejaron los caminos y se establecieron los límites de cada

parcela, que en este caso eran un poco menores de lo habitual, sólo 13 yugadas, en vez de las 20 normales.

Todo este trasiego había alterado la vida de *Ilici*. Los *agrimensores*, ufanos de su papel, contaban a los ilicitanos que habían escogido como ayudantes historias acerca de sus trabajos en zonas más lejanas y mucho más difíciles, de cómo habían tenido que trazar carreteras y puentes en sitios inhóspitos, bajo las inclemencias del clima y sintiendo en el cogote el aliento de los ejércitos enemigos; contaban también que ahora era mucho más fácil que antes, cuando había que usar artilugios mucho más pesados y difíciles de manejar, menos precisos que la *groma*. Y mostraban también otros instrumentos que sólo se utilizaban en situaciones especiales y para tareas muy concretas: el *chorobates*, un largo banco de madera con miras en sus extremos, y la *dioptra* o nivel de agua.

A muchos de estos romanos que ahora trabajaban en *Ilici*, como a los que les habían precedido y como a los que vendrían después, les llamaba poderosamente la atención un tipo de árbol que algunos veían por primera vez y que se distribuía en manchas más o menos irregulares por los territorios que iban a repartir: la palmera. Otros, sin embargo, que procedían del norte de África o que habían estado allí en el curso de sus trabajos anteriores, contaban que eso no era nada en comparación con los palmerales de Cartago y Libia, donde se extendían como manchas de aceite en medio de territorios hostiles y desérticos. Algunos se deshacían en alabanzas sobre las bondades de esos huertos, con palabras cuyo eco resuena aún en la descripción del oasis del Gabés, en Túnez, que varias décadas más adelante hará Plinio, llamado El Viejo, en su obra *Naturalis Historia*: "Aquí bajo una palmera muy alta crece un olivo y debajo de éste una higuera, y bajo la higuera un granado, y bajo éste la vid; debajo de la vid se siembra el trigo y luego las hortalizas y las hierbas para pastos; y todo esto en el curso de un mismo año, y cada planta crece a la sombra de otra".

Los días siguientes fueron bastante intensos. Se establecieron los lotes y se procedió a su asignación por sorteo. Unos habían venido de fuera, eran veteranos de legiones y ciudadanos que habían prestado buenos servicios a Roma; otros eran habitantes de *Ilici* y de su entorno que también en premio a sus servicios recibieron el lote de tierras que se suponía iba a resolverles la vida, aunque no dejó de haber quejas y protestas; sólo trece yugadas, cuando lo normal eran veinte, bien podían haber hecho un reparto mayor o habérsela repartido a menos gente... siempre que el quejumbroso hubiera estado entre los afortunados, por supuesto. A renglón seguido se dejó constancia, escrita en bronce, del reparto y de sus términos; el texto principal se archivó en el *tabularium*, una copia se expuso en el foro y otras, más breves, se entregaron a los nuevos propietarios; por último se levantó un plano catastral que modificó la *forma* o plano general del territorio del municipio y sirvió al fisco para poner bajo control a los nuevos propietarios.

LOS DÍAS DE ORO

La nueva colonia vive ahora días ilusionados. La vieja pugna que mantenía con su vecina del norte, *Lucentum*, parece que se va decantando a su favor, pues no en vano detenta un rango administrativo superior; es una *colonia* frente a un simple *municipium*. Pero *Lucentum* conservaba una ventaja; a su abrigo tiene un pequeño puerto, en una ensenada que está sujeta sin embargo al capricho de una rambla que se desborda con frecuencia y que ocasiona considerables destrozos. Los comerciantes se quejan y la ciu-

dad no está en condiciones de emprender grandes obras de acondicionamiento en ese cauce. El otro puerto situado al sur, en la desembocadura del Segura, que ha funcionado durante muchos años, siglos incluso, también presenta hoy muchas dificultades; lo que antes era un entrante marino se está convirtiendo en una zona pantanosa que dificulta el paso de los barcos; las avenidas, al igual que ocurre en el puerto de Lucentum, alteran el tráfico y arrasan lo que encuentran a su paso; y eso se produce cada vez con más frecuencia. Los establecimientos que durante muchos años sirvieron a modo de puertos están hoy deshabitados y destruidos; El Oral no es ya ni siquiera un recuerdo; La Escuera fue abandonada tras las Guerras Púnicas; y los intentos de construir nuevos establecimientos se han saldado con un fracaso.

En estas circunstancias, la flamante colonia ilicitana vuelve sus ojos a otra zona próxima, donde se ven aún vestigios de un antiguo establecimiento. Tras varios tanteos, parece viable. Nace el *Portus Ilicitanus* en lo que hoy es Santa Pola. Se prepara el lugar de atraque de los grandes barcos, la playa donde varar los medianos y los pequeños y se construyen almacenes e instalaciones de servicio; una vía remozada lo une con la ciudad. Poco a poco el puerto se hace más importante y los comerciantes empiezan a preferirlo al antiguo e incómodo de *Lucentum*; por todos los círculos mercantiles se corre la voz de que las nuevas instalaciones ilicitanas son mejores y sobre todo más seguras que las del entorno; las mercancías llegan cada vez en mayor cantidad, tanto desde el interior para ser exportadas a otros sitios, como del exterior, de otros lugares de la costa de Hispania y de Italia, sobre todo productos de valor. Años después un rico ilicitano se hará traer de Roma uno de los primeros sarcófagos de mármol de los que se producían en sus talleres, aunque tuvo mala suerte. El barco naufragó antes de llegar a puerto y el sarcófago se hundió, vacío, en el fondo del mar.

La colonia de *Ilici* y su *Portus* vivieron años de paz y ya se sabe que los pueblos felices no tienen historia, o por lo menos generan bastante menos historia que cuando viven momentos difíciles. La ciudad tenía que hacer honor a su nuevo rango, y para ello nada mejor que costear unos edificios públicos que en buena medida tenían que pagar los individuos adinerados de su entorno. Como modelo tenían las grandes construcciones que, aprovechando el impulso dado por Augusto desde la propia Roma, se llevaban a cabo en las principales ciudades. Se estaban diseñando grandes foros públicos, para los que en ocasiones había que explicar parte del centro antiguo de las ciudades; se construían espléndidos recintos en zonas altas, para que se vieran desde muchas millas a la redonda; se edificaban edificios de espectáculos, sobre todo teatros, un lugar idóneo para que las gentes romanizadas o medio romanizadas del entorno pudieran asistir a distraídos espectáculos de operetas, mimos, pantomimas y también a algunas comedias o tragedias de autores antiguos; eran un vehículo perfecto de romanización.

El principal ejemplo lo tenían bastante cerca: en *Carthago Noua*, la largueza de un rico hacendado, Lucio Iunio Paeto, y la munificencia imperial, dieron vida a un magnífico teatro dedicado a los herederos de Augusto, Lucio y Gayo César. Este edificio se hizo a lo grande; se retalló una colina, a la manera antigua, para ubicar la grada, y se construyó un edificio de muchos pies de altura, y varios órdenes arquitectónicos, para albergar el escenario; en él se utilizó por primera vez en el entorno el mármol en gran cantidad; Augusto presumirá en un testamento que hizo labrar en las paredes de muchos templos, las *Res Gestae Diui Augusti*, de haber recibido una Roma de piedra y legar a sus sucesores una Roma de mármol. Muchas piezas eran traídas directamente de Italia, de las canteras de Carrara, algunas de ellas ya labradas y sólo a

falta de un acabado final; entre ellas llamaban especialmente la atención un conjunto de capiteles corintios que suponían una gran novedad, ya que lo normal hasta entonces habían sido los jónicos y de piedra local. Las columnas de mármol, los capiteles, los entablamentos sobresalientes, todo ello refulgía al sol del mediodía y hacía ver a los ciudadanos de *Carthago Noua* y a sus visitantes el esplendor y la riqueza de la ciudad. No era para menos; las minas de su entorno aún estaban en plena producción.

Nuestros ilicitanos, que eran ciudadanos romanos desde varias generaciones atrás y estaban estrechamente relacionados con la capital, no podían sino admirar la moda y las grandes realizaciones de *Carthago Noua* y seguir las en la medida de lo posible. A la ya tradicional comunicación por vía terrestre se unía ahora el puerto recién construido, que facilitaba considerablemente el tráfico de mercancías entre ambas y con el exterior. Aquellos que pertenecían a la elite municipal y recibían la distinción de ser nombrados duunviros, los dos magistrados municipales que, para entendernos, hacían las veces de alcalde, tuvieron que embarcarse en programas de modernización y monumentalización para intentar seguir la estela de la capital meridional mediante el pago de edificios públicos, juegos, espectáculos, donaciones en especie, etc. En concreto construyeron varios edificios de uso público, como un anfiteatro, seguramente un teatro y dos conjuntos termales, uno a cada lado de la ciudad. Sus suelos se decoraron con mosaicos de colores, sus paredes se revistieron de mármoles, para su aprovisionamiento de agua se construyó un acueducto... Para asentar las termas occidentales, hubo que hacer una plataforma contenida por un muro exterior, reforzado con pequeñas torres, que tal parecía la muralla de una ciudad; y curiosamente cuando la propia muralla de la ciudad, que había quedado en desuso, se había en parte demolido para que sus ruinas sirvieran de plataforma a las construcciones urbanas que ya no cabían dentro de los muros. La ciudad se abría ahora plenamente al campo, el ir y venir de sus habitantes a los huertos próximos era constante y las antiguas villas estaban en proceso de remozamiento y mejora.

La construcción del acueducto resultó una tarea fatigosa. Suerte que su planteamiento lo hicieron colegas de aquellos que habían trazado la división de los campos; explicaban a todo el que quería escucharlos que la construcción de los acueductos era uno de los aspectos más difíciles de toda la arquitectura e ingeniería romanas; había que hacer numerosos cálculos para evitar que el agua se detuviera o fluyera demasiado deprisa; lo ideal era conseguir el punto en que viniera *rodada*, esto es, que discurriera mansamente, lo que requería una pendiente adecuada. Además, los diseñadores hacían ver a las gentes que el acueducto no eran sólo las grandes arcadas tan espectaculares, sino que eso era en realidad sólo una pequeña parte de todo el conjunto, y que casi toda la construcción iba a ras de tierra o incluso, si era necesario, enterrada.

El agua corre ahora por la ciudad, se almacena en los aljibes de las casas, se redistribuye a través de tuberías de plomo selladas y con llaves de paso, llega a las fuentes públicas, no hay que ir a buscarla a las afueras del pueblo y traerla en jarras a mano o cargadas en asnos y en carros. Pero hay que tener cuidado; la gente intenta robar el agua, agujerea los conductos por los que viene y si no se aplica la legislación vigente, que castiga fuertemente a estos desalmados, el resultado es el caos. Bien es cierto que todo ello ha hecho que se vayan perdiendo las antiguas costumbres, cuando las jóvenes iban en grupos a buscar el agua a la fuente y eran cortejadas por los mozos; allí se contaban antiguas leyendas de apariciones, de chicas raptadas y de episodios famosos que tuvieron lugar en torno a las fuentes; algunos repetían, sin saber muy bien a

qué se referían, la historia de un tal Aquiles, que para conseguir el favor de los dioses tuvo que perseguir a una pobre chica que había ido por agua a la fuente. La verdad es que el tal Aquiles no salía muy bien parado en estas conversaciones. ¡Qué falta de respeto para con un héroe!

Las dos termas, que están ya en uso a mediados del siglo I d.C., suponen la instauración definitiva en *Ilici* de la cultura del agua, consustancial al mundo romano. Los ciudadanos y las ciudadanas, separados en función de su sexo, pueden pasar largas horas en los edificios termales, donde no sólo se bañan, sino que hacen ejercicio, toman masajes, conversan con los amigos, leen, reflexionan, toman el sol... El proceso del baño es un tanto complicado, pero el romano lo sigue como si de un ritual se tratara, un ritual dedicado ahora no a los dioses sino al propio individuo. No en vano la cultura romana es la de la exaltación del individuo en su estricta personalidad. El rito del desvestirse, el paso por una serie de estancias con agua fría (*frigidarium*, templada (*tepidarium*), vapor (*sudationes*), agua hirviendo (*caldarium*), hasta zambullirse en la piscina de agua fría (*natatio*), todo ello sin prisas, en agradable conversación con amigos y vecinos, recibiendo masajes de esclavos y empleados ... ¡Ah, eso es vida!, pensaría el patricio romano cuando la comparaba con la de sus antepasados iberos, cuando según las historias que contaban los abuelos, que a su vez las habían aprendido de los suyos, la vida era mucho más dura y no se gozaban de las comodidades de hoy... Y no había que preocuparse por el agua sucia. El alcantarillado, que se había ido instalando poco a poco, funcionaba perfectamente y los desechos de toda la ciudad corren por su subsuelo, hasta salir al río Vinalopó. Pobre río, con lo pequeño que es, algún día se llenará de porquería, pensaría sin duda algún romano adelantado a su tiempo.

Las casas se han adecentado y actualizado a la manera romana; los atrios antiguos, de cuatro columnas, se han hecho más grandes, y no son pocas las casas que cuentan con amplios jardines traseros, porticados, plantados con árboles de sombra que permiten a la familia y a los amigos refugiarse en los calurosos días del estío. Los edificios públicos, bien que hechos de piedra local y no de mármol, comienzan a levantarse sobre el paisaje. El antiguo templo hecho de adobe, en el que se adoraba una columna con un extraño capitel, que recordaba a los jónicos pero en una versión más antigua, similar a la que los viajeros habían podido ver en santuarios del Mediterráneo central, ha desaparecido. Ahora hay templos de piedra, con pórticos columnados y frontones en los que campea el nombre y la imagen de la divinidad: *Iunoni*, en uno de ellos; ésta, sin embargo, ha cambiado poco: ahora se llama *Iuno*, o *Dea Caelestis*, y la que el ilicitano tiene ante sí es su versión romana. Antes, cuando estuvieron los cartagineses, se llamaba *Tanit*, y más atrás tenía otro nombre, del que ahora ya la gente ni se acuerda. Los templos eran diferentes, pero la diosa era en esencia la misma.

La conversión en colonia conllevó también otras obras y actividades públicas. Los ilicitanos recordaban, pasado el tiempo, que también se habían llevado a cabo construcciones en la zona central de la ciudad, donde se habían erigido unos edificios que algunos consideraban templos, aunque el recuerdo que de ellos se tenía resultaba confuso. En una charla en torno al hogar, los descendientes de unos ilicitanos que habían emigrado a la capital del Imperio en busca de fortuna, sin haberla encontrado, recordaban de forma un tanto borrosa, en el pequeño apartamento de madera del quinto piso de una *insula*, que había un templo dedicado a Juno más o menos en el centro de la ciudad, aunque algunos insistían en que había muchos más templos, hasta tres o cuatro, lo que los colegas satirizaban diciendo: sí, hombre, sí, más templos que en el Foro de

Roma... Y cuando comparaban el recuerdo del foro de *Ilici* con los de las ciudades romanas que realmente conocían, no podían dejar de pensar que se trataba de un foro extraño. Pero no importaba demasiado; seguramente el tiempo y la lejanía les hacía imaginarse las cosas de un modo distinto a como realmente fueron. Lo mismo pasaba, por ejemplo, con el anfiteatro, un pequeño edificio a la salida de la ciudad hacia el norte, que no podía ni de lejos compararse con el Coliseo de Roma, pero que había proporcionado muy buenos ratos de diversión a los ilicitanos y a las gentes de su entorno: combates de gladiadores, cacerías, de todo. Hasta de *Lucentum* y *Carthago Noua* venía gente, aunque ésta contaba con un edificio mucho mayor.

Pasó el tiempo, pasaron los años e *Ilici* siguió viva, con los altibajos naturales en función de cada momento. Cuando los últimos emperadores de la dinastía severa, venidos de Siria, habían desaparecido, se inició un período de gran inestabilidad política; a mediados de lo que nosotros llamamos hoy siglo III d.C., el Imperio ya no es lo que era. Los bárbaros le han perdido el respeto y cruzan las fronteras cada vez que quieren. El romano, que se había acostumbrado a vivir en ciudades sin murallas, comienza nuevamente a parapetrarse tras ellas. Por todo el imperio corren rumores acerca de que los salvajes de la Germania cruzan impunemente las fronteras y se extienden por el territorio, robando y saqueando a placer. Pero como en todas partes y en todas las épocas, el gobierno trata de minimizar los problemas. El resultado es que nadie sabe muy bien lo que pasa más allá del entorno donde vive. Las noticias corren y vuelan. Se dice que toda la Galia y buena parte de Hispania ha sido asolada por los invasores.

EL REGRESO

A un descendiente de nuestro ilicitano afincado en Roma le llega la noticia de que *Ilici* ha sido arrasada por los francos. El recuerdo de la ciudad de sus antepasados le bule en la cabeza; sus imágenes son muy borrosas, pues de ella sólo conoce lo que le contaron sus mayores; no resiste la tentación y cuando el peligro ha pasado y la calma ha vuelto, se pone en camino hacia *Ilici*. Trae en la cabeza la descripción de la ciudad que ha oído una y otra vez, y con ella el temor de encontrársela destrozada. Pero desde que desembarca en *Tarraco*, las noticias se vuelven más tranquilizadoras. Francos, ¿pero qué francos? ... Ah, sí, hubo unos grupos de bandoleros que recorrían el terreno para arriba y para abajo, generando una inseguridad mayor de la que en ese momento era ya habitual. Robaron algunas villas, destruyeron e incendiaron otras, intentaron asaltar alguna ciudad que pillaron desprevenida, y en algún caso incluso lo consiguieron, pero los daños reales fueron escasos. Al final, unos fueron muertos y otros escaparon hacia el norte, donde seguramente acabarían en la Galia a manos de los soldados romanos.

Más tranquilo, nuestro hombre se aproxima a *Ilici*. En efecto, la ciudad está intacta. De los francos, apenas unas noticias y unas cuantas bromas. Y vaya usted a saber si fueron los francos. Busca y saluda a sus familiares y tras la emoción del reencuentro, son acogidos en la antigua casa familiar. Era ésta una *domus* de las tradicionales de *Ilici*, con un patio porticado en torno a un estanque polilobulado y habitaciones alrededor; las paredes, desconchadas, habían sido reparadas con capas de revestimiento que sólo muy de lejos continuaban los motivos originales, en los que había bandas de colores, círculos con peces, imitaciones de mármol y casetones en el techo. Los mosaicos, de varios colores, tenían ya algunas teselas despegadas y los agujeros se habían reparado con

mortero coloreado. Todo ello denotaba que había sido una buena casa, pero que tenía tras de sí muchos años y necesitaba con urgencia una buena reparación. Los anfitriones habían echado el resto, y entre los servicios que sacaron, el viajero pudo reconocer algunas piezas de las que les habían hablado sus mayores. Sobre todo cuando sirvieron unos pequeños panes crujientes hechos en casa, de forma circular y redondeados por arriba, que estaban decorados en relieve con figuras de animales y escenas de juegos; los moldes eran muy antiguos, habían sido traídos de Alejandría, y aunque algunos estaban ya rotos y recompuestos, seguían siendo uno de los bienes más preciados de la casa. Siempre llamaban la atención de los invitados.

Tras el reposo y una buena comida, un paseo por la ciudad. Toda ella reflejaba la misma dejadez que había observado en las estancias familiares; en el centro, donde se decía que había estado el foro, una pequeña placeta rodeada de edificios artesanales, con prensas e instalaciones hidráulicas que daban un tufo impropio de espacios nobles y públicos; las esculturas, entre ellas una pequeña figura de Venus, se veían cubiertas de mugre y algunas de ellas mutiladas. Las termas estaban parcialmente en desuso, ya que mantener en servicio el acueducto resultaba caro y difícil. El muro perimetral de las occidentales servía ahora como refuerzo de la defensa de la ciudad, aunque un fallo en su cimentación lo hacía inestable. Las cloacas empezaban a embozarse y los poderes públicos miraban hacia otro lado, pues su limpieza y mantenimiento requerían considerables inversiones, que en los tiempos que corrían no eran fáciles de comprometer.

Tras una larga estancia, nuestro ilicitano abandona la ciudad. Han sido varios días en los que ha podido realizar su sueño de visitar la ciudad de sus mayores. El viajero vuelve con una sensación agridulce. Por una parte ha visto que la ciudad ha sobrevivido y que las noticias acerca de la destrucción a manos de los francos no eran ciertas; pero la sensación de dejadez y abandono es manifiesta. En cambio, el *Portus* sigue en auge, posiblemente gracias a la reconversión de algunas de sus instalaciones en una piscifactoría y fábrica de salazón. Varias villas relativamente lujosas se asientan a su alrededor, dejando la distancia suficiente como para que el olor a pescado se disipe.

En su viaje de vuelta se detuvo en *Lucentum*, la ciudad del norte, y lo que vio le produjo una profunda tristeza. La ciudad estaba en estado de abandono, con la mayor parte de sus edificios arruinados, y los que aún se mantenían en pie habían perdido ya sus valiosas tejas, las *tegulae*, preludio de una ruina inminente. Pero lo que es la vida, sin duda esos despojos habían contribuido a facilitar el desarrollo de algunas de las villas e instalaciones industriales que se veían en derredor. Las tabernas estaban abandonadas y sus puertas abiertas. Las cisternas, cegadas. En fin, la ruina se cernía sobre los edificios, mostrando al caminante lo efímero de las glorias urbanas. Por el camino aún pudo leer algunos epígrafes funerarios, en tumbas antes cuidadas y hoy abandonadas: Publio Astranio Venusto, Hermeros, Publio Fulvio Ascla, Primigenia Simponiaca, Furia Tyce... sin duda estarían pasando una difícil situación allá en el Hades, abandonados por deudos y parientes. Nuestro viajero, poco creyente en las divinidades tradicionales, no pudo sin embargo resistirse a murmurar una plegaria para aplacar a aquellas almas que sin duda vagarían impacientes en busca de la atención perdida.

İLICI SE TORNA CRISTIANA... Y MUSULMANA

La situación siguió más o menos igual, y a *Ilici* apenas llegaron los problemas y las tribulaciones que afectaron al Imperio a mediados del siglo III, cuando los emperadores se ponían y deponían con rapidez vertiginosa. Pero a finales del siglo, por fin un emperador fuerte permitió enderezar la situación. Diocleciano estableció las bases de una organización del imperio que permitió su mantenimiento durante un par de siglos más, pero que conllevó una profunda descentralización y una progresiva orientalización cultural y administrativa.

Consecuencia de estos cambios fue el reconocimiento, ya en tiempos de Constantino, de la libre práctica de la religión cristiana. Las minorías de practicantes de este culto, en algunos casos muy numerosas, pudieron salir a la luz y celebrar sin trabas los ritos de una religión que no dejaba de ser una nueva versión, actualizada y pasada por el tamiz judaico, de las religiones orientales que renegaban del culto al emperador y de los dioses tradicionales paganos y que ponían el énfasis en el factor espiritual e inmortal del individuo.

A veces, los nuevos cristianos, llevados por la fe del neófito, formaban bandas de fundamentalistas que arremetían contra los antiguos símbolos paganos, sobre todo las figuras de dioses y diosas, erotes y genios que aparecían desnudos o semidesnudos, y destruían las partes que según ellos podían inducir al pecado, incluidos los rostros. Los sarcófagos de las necrópolis, los mosaicos del suelo, nada se libró de esta furia iconoclasta que, sin embargo, no duró mucho ni fue demasiado fuerte. De hecho, pronto los cristianos más serenos adoptaron algunas de las figuraciones paganas y le dieron significado propio. Símbolos cristianos adornaron las iglesias, los mosaicos e incluso las cerámicas de uso más común, como las lamparillas de aceite para iluminación, las *lucernae*.

A *Ilici* parece que la nueva religión llegó relativamente pronto. Sus practicantes, entre los que se encontraban casi todos los miembros de la colonia oriental allí asentada, acordaron construir un edificio de culto en un lugar relativamente apartado, aunque dentro de la propia ciudad. Era un edificio de planta rectangular que experimentó sucesivas reformas, hasta su destrucción final. Pasado el tiempo, también sobre esto se generaron disputas entre los ilicitanos. Para unos, *Ilici* fue la primera ciudad en tener una basílica fuera de Roma, incluso exageraban diciendo que casi se había construido antes que las de la propia capital del imperio; otros, en cambio, rebajaban su importancia haciendo ver que habían pasado varias generaciones antes de que aquel edificio se dedicara al culto cristiano; y había incluso quien sugería que en ciertos momentos también los judíos habían celebrado allí sus ritos.

Los últimos siglos de *Ilici* fueron movidos. El Imperio se había disgregado, la inestabilidad y la inseguridad se extendían por doquier. Unos recién llegados, los visigodos, consiguieron restablecer un cierto orden y reorganizar el país. La ciudad estaba alterada; los antiguos edificios, ya en desuso, fueron reformados, reutilizando todos aquellos materiales que podían servir para la construcción. *Ilici* seguía siendo la capital, pero la calidad de vida estaba muy lejos de la que disfrutaban las generaciones anteriores; el acueducto hacía años que había dejado de funcionar; por las termas ya no corría agua; en el centro de la ciudad se habían ubicado instalaciones molestas... En la ciudad mandaba un obispo que de vez en cuando viajaba a la capital, Toledo, a reunirse con otros y a discutir sobre cuestiones de índole teológica y mundana. La basílica había sido reformada y decorada; cancelos decorados con figuras caladas de animales se habían colocado separando las distintas zonas de la iglesia: la reservada al clero, la de los fieles, la de los catecúmenos, etc. Parte de la ciudad se había abandonado y la zona inmediata

a la basílica, y un buen trecho hacia el interior, era ahora una necrópolis de fosas excavadas en el suelo donde se enterraban los nuevos cristianos.

Pero la tranquilidad tampoco iba a durar mucho. Un buen día llegaron noticias de que los romanos que habían quedado en el norte de África, y que ahora obedecían al emperador de Constantinopla, tenían el objetivo de rehacer el antiguo Imperio de occidente, y pronto a las noticias las acompañaron los hechos. Un ejército desembarcó en la costa y conquistó la antigua ciudad de *Carthago Noua*, que ahora se llamaba *Carthago Spartaria*, tanto porque su mayor riqueza eran los secarrales de esparto como porque de Nueva Carthago tenía ya poco; es más, al igual que *Ilici* se estaba cayendo de puro vieja.

Como había ocurrido a lo largo de toda la historia, la suerte de *Ilici* estaba vinculada a la de *Carthago*. Su caída la arrastró a la órbita bizantina, y de nuevo comenzó a oírse hablar griego por las calles de la antigua colonia. Pero la situación de los bizantinos no fue nunca demasiado buena. En un primer momento llevaron a cabo intensas campañas militares que se aprovecharon de la laxitud de los visigodos y conquistaron buena parte del antiguo *conventus carthaginiensis*, hasta sus confines montañosos. Dominaban los accesos al interior de la Península y en concreto el sector meridional del camino que comunicaba *Carthago* con *Toletum*, la antigua vía romana que unía ahora las capitales de los dos imperios. Se volvieron a fortificar núcleos abandonados siglos atrás, se reutilizaron todos los materiales de construcción que se encontraban a mano e incluso se ironizó con el hecho de que ello no suponía el expolio de los antiguos monumentos, sino una cierta vuelta a la vida; no eran despojos (*spolia*), sino piedras redivivas (*saxa rediuiua*).

Ilici experimentó un periodo de cierta calma; la ciudad siguió siendo la misma y viviendo de igual modo; algunos dignatarios bizantinos venían en visita de inspección o se asentaban en la ciudad, por cortos períodos; incluso se dice que, para ganarse a la comunidad cristiana, redecoraron la antigua iglesia con un pavimento decorado con mosaicos geométricos e inscripciones relativas al culto escritas en griego, incluso con un motivo alegórico en el que aparecía una nave y la leyenda 'buen viaje'.

Pero el obispo, el verdadero detentador del poder en la ciudad, no quiso plegarse a la nueva situación; al contrario, acompañado de un puñado de fieles, huyó antes de que llegaran los bizantinos y buscó refugio en los bordes de la Orospeña. Allí, tras unos tanteos, se asentó en una ciudad romana semiabandonada durante largo tiempo, la antigua *Ilunum*, que dominaba el cruce de caminos entre *Ilici* y el interior y entre *Carthago Noua*, la capital de los dominios bizantinos, y la Meseta; la vía que unía esta ciudad con *Toletum*, la capital visigoda, pasaba a sus pies.

La ciudad se reamuralló con un sólido baluarte que en parte aprovechaba y en parte obliteraba las estructuras anteriores, y en lo más alto se erigió una basílica de tres naves con baptisterio por inmersión a sus pies; este edificio, con sus dependencias anejas, se convierte en el centro religioso, donde se guardan las reliquias de la antigua *Ilici* a la espera de mejores tiempos. Los obispos se suceden, y como obispos de *Ilici* y de *Eio*, de la nueva sede pero sin renunciar a la antigua, asisten a los concilios de Toledo.

La espera tiene su recompensa. Al mando de Leovigildo, los visigodos emprenden una larga marcha que acaba a la postre con la toma de los reductos portuarios bizantinos y con su definitiva expulsión. El obispo vuelve a *Ilici*, donde sigue firmando como obispo de *Ilici* y de *Eio*, hasta que poco a poco la primera retoma el papel

predominante. *Ilici* y *Elo* formarán parte de los dominios de un noble visigodo, Teodomiro, que pactó su rendición con los musulmanes a cambio de un trato de favor. Durante algún tiempo ambas ciudades perviven y sus poblaciones se islamizan material y culturalmente, pero están tocadas de muerte. La primera se abandonará para fundar la actual Elche; la segunda malvivirá aún durante algún tiempo, pero en el siglo XI el viajero Al Udri ya se referirá a ella como una *madina*, *Madina Iyih*, una ciudad abandonada.